

Editorial

Una reflexión acerca de la psicopolítica

HUGO R. MANCUSO

«La libertad habrá sido un episodio».
Byung-Chul Han [1, p.9].¹

El término «psicopolítica», en contexto psicológico y psiquiátrico, se presume transparente si bien en la práctica resulta absolutamente vidrioso. Vale decir, no existe ni coincidencia ni unidad de temperamento en cada ocasión en que se postula o enuncia y mucho menos consenso pragmático. Vale la pena, por tanto, revisitarse el término y ensayar algunas reflexiones a la luz de una publicación relativamente reciente del crítico coreano de lengua alemana, Byung-Chul Han, que se titula precisamente *Psicopolítica* y que se propone —siguiendo mayormente a Foucault— como una radical deconstrucción de «*lo impensado de la política en el mundo contemporáneo*». Este impensado sería, precisamente, el *cuerpo* objeto principal sino de reflexión (por no-pensado) sí de cura y atención y que responde a las «biopolíticas» del poder global: i.e. a las políticas directrices *de o para* la vida.

Repitiendo un lugar común de la retórica actual, Han subraya como en el «régimen neoliberal» [SIC] se está produciendo una «superación del paradigma individualizado por Marx, según el cual habría una clase de explotadores y una de explotados pues en el neoliberalismo cada cual es *un trabajador que se explota así mismo por la propia empresa*» [1, p.14]. No haberlo entendido es el gran error de ciertos teóricos que habrían quedado ligados a un paradigma descriptivo de modalidades de producción ya superadas:

Las actuales formas de producción no son determinadas por la «multitud» cooperante que Antonio Negri propone como sucesor del «proletariado» sino por la *soledad* del empresario aislado que lucha contra sí mismo y se explota voluntariamente [1, p.14].

En este punto Han enumera críticamente una serie de posiciones teóricas (de Michel Foucault, Gilles Deleuze, Toni Negri, Giorgio Agamben y Bernard Stiegler) con la intención de demostrar que los paradigmas adoptados por estos autores son absolutamente insuficientes —por reductivos y parciales— para comprender nuestra contemporaneidad al excluir la dimensión psicológica [¿simbólica?] de la trama económica y política. En efecto:

Al contrario de cuanto sostiene Marx, la contradicción entre fuerzas de producción y relaciones de producción no puede ser superada por medio de una revolución comunista: ésta es, en efecto, *insuperable*. [1, p.13].

Más aún:

Foucault habla expresamente de «biopolíticas de la población». La biopolítica es la técnica de gobierno de la sociedad disciplinar. Ésta, sin embargo, no es en absoluto adecuada al régimen neoliberal que explota sobre todo la *psique*. [1, p.31]. (...)

Incluso el análisis del poder de Agamben no da acceso a las técnicas propias del régimen neoliberal [1, p.33]. (...)

[En] Stiegler [...] falta irremediablemente la comprensión de la psicopolítica neoliberal [1, p.36].

Es por este motivo que se impone la necesidad de superar no sólo las limitaciones reductivas del análisis biopolítico de Marx, Foucault y Deleuze sino también las insuficiencias de la crítica de Negri, Agamben y Stiegler los cuales —si bien tienen el mérito de dar cuenta de la dimensión psicopolítica de la sociedad— fallan en la inadecuada valoración del fenómeno televisivo² y comunicacional de la sociedad contemporánea. Han insiste y profundiza la tesis acerca de la estandarización de la conciencia psicopolítica

¹ Esta traducción, así como las sucesivas, son propias salvo indicación en contrario.

² El término debe entenderse en su literalidad etimológica, es decir, como «imagen a la distancia»: trátase de una toma *de o desde* la Luna o un programa de televisión abierta o los *streaming* difundidos por Internet [3, 4].

de las masas postmodernas merced al *médium* vivo-digital. Así la psicopolítica se disuelve en un análisis de la sociología de los medios entendida como condición de posibilidad de la conciencia actual por acción de los instrumentos de auto-explotación mediante los *medios sociales* y la presunta idea de «libertad» que naturalizan:

La sociedad del control digital hace un uso constante de la libertad: ésta es posible sólo gracias a las auto-exposición, al desnudarse voluntario [1, p.8].

En esta sociedad de espectadores, la única forma de reacción del «público» (que sustituyó al pueblo) es la *indignación* que constituye una pasión inactiva, propia de *voyeurs*, que no conduce a un auténtico acto político. La falta, en la sociedad posmoderna, es la ausencia del sujeto (convertido en «público» o en «consumidor») que mediaría entre los medios y la política. ¿Es decir, si vivimos en un «*panóptico* digital», quien es el meta-sujeto que nos observa?

Precisamente allí donde el poder no es tematizado, el poder es indiscutido: cuanto más grande es el poder más *silenciosamente* actúa. Simplemente *ocurre* [1, p.23].

Aún vista desde Foucault esta afirmación no deja de ser sorprendente: el apocalipsis en acto (que es tecnológico) simplemente *ocurre* aunque ninguno sea aparentemente responsable del mismo y conduce inevitablemente a un abandono y a un olvido de la historia y de la propia idiosincrasia mediante una masificación disolvente y constante. Este neo-poder (que se afirma mediante la constante digitalización de la cultura) se virtualiza totalmente, disolviendo los nexos históricos y su consecuente *responsabilidad*. Incluso el omnímodo neoliberalismo del cliché progresista resulta superado por el no-sujeto posmoderno que habilita las políticas de la auto-inmolación de los cuerpos/psique.

Esta cosificación del yo es abordada precisamente en la última parte del texto, dedicada a lo que denomina «*quantified-self*»³, es decir una serie de prácticas de medición y cuantificación de los propios datos corpóreos y prestaciones físicas (principalmente relativas al *fitness* y otras actividades deportivas de alta exigencia) que luego son compartidas con anónimos ignotos mediante redes sociales o *apps* específicas. El yo «cuantificado» es la forma extrema de las «tecnologías del sí mismo» analizadas por Foucault en los años ochenta, siendo además la manifestación última del «datismo» o sea la imposición de la ideología positivista y tecnocrática de la cuantificación de lo real y de la recolección, manipulación y comercialización lucrativa de esos datos. Este omnímodo *big-data* es la condición de posibilidad de la psique posmoderna que supera el monstruo informe del capitalismo tardío y se centra en el análisis mediológico y crítico-cultural de un fenómeno clave de la actualidad: el almacenamiento de los datos de prácticamente la totalidad de la población global en las manos de multinacionales tecnológicas y/o de las organizaciones multinacionales que funcionan como sus burocracias cómplices. El uso de estos datos permite el desarrollo de campañas de marketing que no sólo definen elecciones políticas sino también posibilitan la proyección de los más diversos aprovechamientos lucrativos e incluso habilitan a la inducción voluntaria de mutaciones sociales epocales que, mediante la manipulación de los legítimos intereses en conflicto, atentan contra las masas que prestaron —redes sociales mediante— su tácito y voluntario consenso.

Según Han, incluso, con los nuevos sistemas de elaboración, análisis y archivación de datos no habría más necesidad de planes o previsiones sociales de intervención puesto que ya es posible desarrollar modelos estadísticamente cercanos a las expectativas mayoritarias y que inducirían, con una precisión casi absoluta, los comportamientos singulares o colectivos, influenciando tanto los modelos teóricos como los fenómenos prácticos subyacentes en los grandes colectores (*target; focus group*) socio-políticos determinados precisamente por la psicopolítica de diseño.

Más aún: «El *saber-total-de-los-datos* es un absoluto *no-saber-total-de-los-datos* en el grado cero del *espíritu*» [1, p.83]. Es decir, conociendo [poseyendo] los datos [cuantitativos] se podría provocar casi

³ En inglés en el original.

cualquier reacción práctica aun violentando la especificidad de las mentalidades, los usos y las costumbres más arraigadas porque la potestad de esos datos devasta el espíritu [*¿mores?*] consuetudinario de las comunidades.

Por ello:

La técnica de poder actuada por el régimen neoliberal constituye el punto ciego de la analítica foucaultiana sobre el tema. Foucault no reconoce que el *régimen de dominio neoliberal monopoliza integralmente la tecnología del sí*, que la auto-optimización permanente como técnica neoliberal del sí no es más que una forma más eficaz de dominio [*¿hegemonía?*] y de explotación [1, p.37].

Han concuerda con Foucault en que somos cuerpos que se mueven y que ejercitamos conductas que están en el cruce entre la elección autónoma y la determinación del contexto socio-político-cultural. Los sujetos resultantes son la consecuencia de estas conductas y de la sumatoria con las tecnologías del poder que nos estructuran desde lo alto. Apelando a esta conclusión, Han recurre al concepto foucaultiano de «arte de vivir» [1, p.92] como única posible vía de escape a las trampas de la psicopolítica posmoderna. Pobre consuelo ya anticipado en 1955 por Martín Heidegger:

Se acerca la hora en que la vida estará puesta en manos del químico, que podrá descomponer o construir o bien modificar la sustancia vital a su arbitrio. ¿Se toma nota de semejante declaración? (...). Nadie se para a pensar en el hecho de que aquí se está preparando, con los medios de la técnica, una agresión contra la vida y la esencia del ser humano, una agresión comparada con la cual bien poco significa la explosión de la bomba de hidrógeno. Porque precisamente cuando las bombas de hidrógeno no exploten y la vida humana sobre la tierra este salvaguardada será cuando, junto con la era atómica, se suscitará una inquietante transformación del mundo [2, p.25].

Al día de hoy las bombas no explotaron. Resta entender si eso fue peor o todavía queda alguna esperanza para la humanidad venidera. La creciente estupidización de las masas y la entrega al voluntario servilismo hedonista, producto de la constante democratización de las tecnologías, nos hace divisar oscuros nubarrones en el horizonte. ¿Debemos concluir también nosotros que el *smartphone* derrotó las perspectivas de una sociedad más justa o que las peores distopías imaginadas en las ficciones del siglo XX son nuestro futuro inevitable? Sea cual fuere la respuesta, toca a la psicopolítica la tarea de enunciar eventuales alternativas.

Referencias

1. Han B-Ch. Psychopolitik. Neoliberalismus und die neuen Machttechniken, Frankfurt: S. Fischer Verlag; 2014.
2. Heidegger M. Gelassenheit; Pfullingen: Verlag Günter Neske; 1959 [Serenidad; Barcelona: Ediciones del Serbal;1988].
3. McLuhan HM. Understanding Media: The Extensions of Man; New York: McGraw Hill; 1964.
4. McLuhan HM. The Medium is the Massage: An Inventory of Effects with Quentin Fiore; New York: Random House; 1967.